

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 2 DE ENERO DE 1921

NÚM. 19.318

LAS ANTIPARRAS VERDES DE QUEVEDO



Aun existen en nuestro tiempo, amigo lector, aunque te parezca punto menos que imposible, las primitivas antiparras verdes que usó D. Francisco de Quevedo.

Poséelas, con la veneración que es de suponer, un tan venerable patriarca de las Letras y apóstol de la Libertad como D. José Nakens.

Tan reverenciado objeto hace años que llegó a sus manos, impulsado no sé si por una ventolera o una ráfaga de miseria. Un pobre diablo, o un desventurado, conservaba de sus mayores un legado de papeles viejos y algunas prendas de familia, que ya en la edad presente eran totalmente inútiles para el uso; entre los papeles había una carta curiosa, escrita con gallardísima letra española, del mejor método de Torio; entre las prendas u objetos, unas antiparras verdes, con guarnición de acero y resguardaderas de tafetán obscuro.

Sin duda que nuestro hombre, poco aficionado a revolver papeles, no había leído la carta, y nada amigo de cosas ancestrales, tenía arrinconadas las gafas, y aun fué mucho que no las arrojara, como cosa inútil; pero un día de poco quehacer o de mucho aburrimiento, entretúvose en repasar el archivo de sus antepasados, y hallóse con que aquel primor caligráfico era un documento literario de gran importancia, y aquellas antiparras, viejas y humildes, eran una verdadera reliquia: tras de ellas habían mirado *El mundo por dentro* y *Las zahurdas de Plutón* los ojos míopes de Quevedo.

Para el descubridor, espíritu adocenado o estómago hambriento, no tenía interés particular el hallazgo, y creyendo encontrar en él el anzuelo de un puñado de pesetas, no pensó en otra cosa que en darle salida, y fuese a buscar a Nakens, de quien sabía que, por ser amparador de toda miseria y gran devoto del señor de la Torre de Juan Abad, habría de trocar en plata los cristales de las antiparras y los párrafos de la epístola.

El viejo maestro satisfizo cumplidamente los deseos del indigno poseedor de la inestimable joya y, gracias a él, podemos gloriarnos de que quede algo tan personal, tan íntimo, del portentoso ingenio que flageló al Conde Duque, inmortalizó su siglo e hizo reír y pensar al mundo...

Yo he tenido en mi mano estos cristales verdes y estos hierrecillos mohosos,

ces como jácara desenfadada, y otras como violentísimo discurso o atrevido memorial, que daba con el ingenio en las horridas mazmorras de San Marcos de León.

El documento epistolar que sirve de guía al preciadísimo objeto, dice bien claro que son las primitivas antiparras verdes que usó D. Francisco de Quevedo y Villegas; de suerte, que pueden ser las que llevara en su mocedad, acaso las que le sirvieron en el estudio de Alcalá y las que llevó a Nápoles cuando acompañó, como secretario, al magnífico D. Pedro Téllez de Giron, duque de Osuna...

Así es que ellas no saben nada de las tristezas y miserias de la prisión en San

Marcos, cuando su merced tuvo la certidumbre de que en España no se puede decir la verdad, ni aun para salvar el reino. Estas antiparras verdes no han sentido la humedad de las lágrimas con que el gran satírico rocío los últimos años de su vida, cuando, desde aquel horrible calabozo, en que por sí mismo tuvo que cauterizarse las llagas que la humedad le producía, hubo de escribir al rencoreso valido, a quien con tanto rigor flagelara antes, aquella carta de perdón que empieza:

«Señor: Un año y diez meses ha que se mejecutó mi prisión, a 7 de Diciembre, víspera de la Concepción de Nuestra Señora, a las diez y media de la noche, y fui traído, en el rigor del invierno, sin capa y sin una camisa, de sesenta y un años, a este convento de San Marcos, de León, donde he estado todo el dicho tiempo con rigurosísima prisión, enfermo por tres heridas, que con los fríos y la vecindad de un río que tengo a la cabecera se me han cancerado, y por falta de cirujano, no con impiedad, me las han visto cauterizar por mis manos; tan pobre, que de limosna me han abrigado y entretenido la vida...»

Sería curioso averiguar cómo estas antiparras vinieron a dar en pariente tan lejano de D. Francisco como D. Pedro de Mendoza y Plaguiera, pero en mi y en cualquiera (por lo menos, yo no lo he hallado) de saber quién fuere está señor. Muy devoto era, sin duda, del gran poeta cuando en la cesión que hace a D. Juan Solís de Valdarce pone los históricos espejuelos en categoría de reliquia con el milagroso Cristo, tallado en marfil, que adquirió en su peregrinación a los Santos Lugares.

Bien estaba el hombre en lo cierto; que si la imagen del Crucificado, por lo que representa, es una reliquia digna de veneración, las dichas antiparras, por haber pertenecido a tan alto dueño, como el que escribió las regocijadas páginas de *El gran Tacano* y las sesudas consideraciones de *La vida de Marco Bruto* y los *Grandes anales de quince días*, bien pueden pasar como un trozo de gloria que se quedó en la tierra, cuando el insigne D. Francisco hizo jornada para la otra vida, a 8 días del mes de septiembre de 1645.

Plaguiera a Dios que hoy salie-

Señor Don Juan Solís de Valdarce

Madrid 10 de Julio de 1693

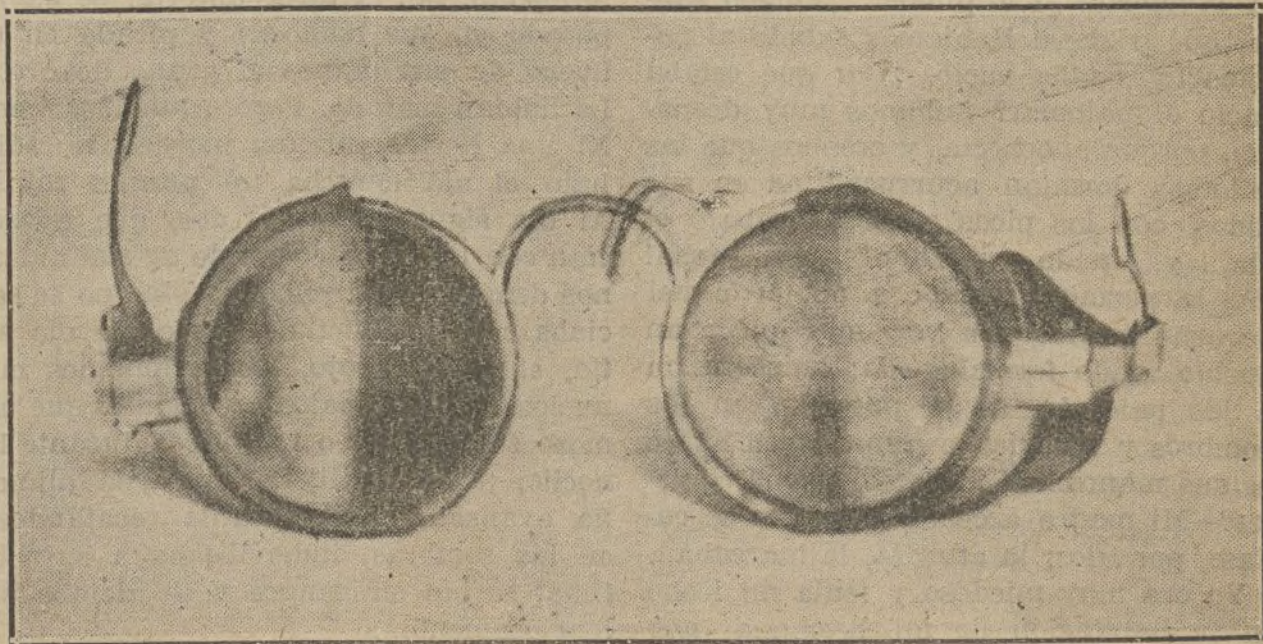
Me mu amo amo mio. Recordando nuestra antigua y eterna amistad deo mandado a D. de. despues de mi muerte el milagroso Cristo tallado en marfil que adquiri en mi peregrinacion a los Santos Lugares y que conseruo y vengo en mi honorario an coma Camuen quero le sean entregadas las primitivas antiparras que uso mi allegado Don Fran de Quevedo y Villegas q. e. g. e. La salud mia la siento hace dias muy quebrantada y no salgo de mi aposento desde San Juan Baptista por si Dios es servido en llamarme a su seno mi hermanita. De Enria queda con el encargo de hacer entrega de las citadas reliquias a prueba de lo mucho que os debe y os quiere vuestro leal amigo y hermano en Cristo

Don Pedro Mendoza y Santibáñez

y me ha tomado una emoción tan profunda como aquella que tiene de sentir el verdadero sacerdote, que ve en sus manos, hecho especie, el verdadero Cuerpo de Dios.

Mucho espacio estuve sin acertar a decir palabra, porque todo lo que yo pudiera hablar parecíame sacrilegio ante lo que habían reflejado aquellos cristales, valiéndome como cernedor al cerebro de su primitivo dueño.

Toda la vida intensa de España en la primera mitad del siglo XVII había pasado ante aquel adminículo, y en la inteligencia suprema del divino lijado de los ojos habíase reflejado con los mismos tonos tristes que el cristal tenía; luego, tornaba a la plaza del mundo, unas ve-



Con estos cristallitos verdes a la plaza del mundo con la autoridad que salieran en los pasados siglos; que tal cúmulo de cosas, cosas y cosasadillas habrían de ver, que solamente por el reflejo que conserven de aquellos ojos entiendo yo que pudieran dar nuevas llamaradas de ingenio, que habrían de ser como rayos de Júpiter contra logreros, políticos de industria y gobernantes de... su casa; pero carcomas de la nación.

Si al través de estos espejuelos han pasado aquellas recias estrofas del valiente memorial a Felipe IV, en que de

manera tan recia se exponían al monarca las pesadumbres del reino y el mal gobierno del Conde Duque, no creo que hubiera ya cosa de que se espantaran, aunque tuvieran que cerner las luchas, las ambiciones, las cacicazgos y las hambrunas de hoy. La única mudanza que habemos sufrido es la del tiempo y las costumbres; pero por de dentro no se ha hecho cambio en nada: somos aquellos mismos tiranos y aquella misma sufrida multitud, sólo que ahora vestimos americana, pantalón largo y gabán con trabilla...

Diego SAN JOSE

CUENTOS ESPAÑOLES

LAS PALOMAS DEL PAZO

SON muchos los recuerdos que conservo de mi infancia; pero entre todos hay uno que apenas deja día sin que de nuevo surja ante mi memoria.

En 1895 murió mi padre; y mi madre, buscando un refugio a su viudez, dispuso nuestra marcha al viejo pazo D'as Silveiras, casón solariego de mi raza, entre el mar, que casi lo besa, y las montañas, que, colosales centinelas inmóviles, parecen vigilar a su espalda.

Era bien entrada la primavera, y aún recuerdo el triste contraste de nuestras graves siluetas emlutadas con el verde riente y mimoso de los campos.

Tenía entonces mi hermana quince años esbeltos, morenos y graciosos, que le daban la charla cantarina y la coquetona movilidad de los pájaros. Ella, como dama, y yo, como escudero, recorrimos el primer día el antiguo feudo de nuestros abuelos... Salas inmensas, largas, con techos de bóveda, y en el fondo, una chimenea de mármol negro, y en la pared, un cuadro de la familia... nada quedó inexplorado por nuestra infantil curiosidad... Regresamos cuando el sol palidecía y se desangraba tras los mares; durante la cena, mi hermana comentó la excursión.

¡Qué hermoso era el pazo!... Un poco triste, ¿verdad? ¡Aquellos salones destaralados, aquellas largas galerías oscuras! Abruñaba ver tantos libros alineados en los estantes... Debía de tener obras muy bonitas la biblioteca. ¿Había también cuentos? ¡Pero cuánta polilla y qué olor a viejo, Dios mío!... ¿Quién era aquel hidalgo de rostro alargado y marchito que tenía dos llamas vivas por ojos, y cuyo retrato presidía el estrado? Y las armaduras, los hombres de hierro que le daban escolta desde las vitrinas, ¿de quién habían sido? ¿Por qué las damas de los retratos se vestían de un modo tan estrafalario? Ella, aunque la matasen, no se vestiría así... ¡Y para retratarse! ¡Si daba risa verlas! Y algunas eran guapas: se parecían a mi madre... El jardín, precioso, precioso... Había un rosar de rosas blancas, muy pequeñas, y otro de rosas rojas, de rojo obscuro aterciopelado que eran una bendición... ¿Y la huerta? ¿Y el pinar?... ¡Vingen sanitos, qué tristeza! Habíamos subido al palomar y estaba vacío. ¿Por qué estaba vacío el palomar? Subimos muy despacio, porque anochece, y creímos que las palomas dormían acurrucaditas en sus nidos, con los picos sonrosados bajo el ala... y... nada... ¡ni una!... ¡Qué pena! ¿Se le permitía volver a poblar aquel pequeño mundo? Ya veríamos qué gran pueblo alado formaba ella; amaestraría a las palomas, se le posarían en los hombros y vendrían a comer en el hueco de sus manos... —¿Quieres, mamá, quieres?—Mi madre accedía; pero que se callase, por Dios; la aturdira, la mareaba... Yo era muy miedoso y tenía mi lecho en la habitación de mi hermana; nos

acostamos y apagamos la luz... No podía dormir, y la llamé; no me contestó; pero al poco tiempo oí cómo en sueños llamaba a las palomas con esas palabras musicales y mimosas con que las mujeres imitan el arrullo mientras desparman el grano.

Yo no sabía entonces quién fuera Dido; pero, a haberlo sabido, no hubiese dejado de observar cierto parentesco espiritual entre Dido y mi hermana... ¿Que Dido fundó a Cartago, terror de Roma, y que del Cartago surgió el genio de Anibal? Bueno... ¿y qué? Mi hermana creó, organizó y rigió, sin la más leve protesta de sus súbditos, los vastos y poderosos estados colombófilos de D'as Silveiras, y lo que es más admirable aún: en los dilatados confines de su reino no se conoció la hiel... Y respecto de Anibal, ¿qué, no había una paloma que destruyó a la ciudad de Cartago? ¿Ni qué más Capúa que cuando mi hermana congregaba su pueblo en magna asamblea y desparramaba el grano que llevaba recogido en su delantón?

¡Hermana mía, que hoy llevas un Crucifijo sobre el pecho y cuya cabeza cubre el blanco halo de las tocas monjiles! Este absurdo, loco y casi desconocido poeta no quiere morir sin protestar, y protesta enérgicamente de la injusticia de la Historia, que no puso tu nombre junto a los de los más gloriosos fundadores de pueblos.

Mi hermana estaba satisfecha; ella, por sí, limpiaba el palomar; mudábales el agua y daba de comer a sus palomas dos veces al día, repitiendo, sin conocerlos, los versos de Rosalía:

Pica, pica,
Surfina, pica;
levante un gran
o teu fillo na bica.

Un día se nos presentó llorando desconsoladamente; en el regazo traía una paloma muerta; no había muerto de enfermedad, no; la tarde anterior se había posado en sus hombros y picado en el hueco de sus manos el grano de oro... La habían matado. Pero, ¿quién? ¿Cómo? Ni una herida, ni una mordedura; sólo bajo el ala derecha un puntito rojo... Al día siguiente, otras dos, que aparecían con los picos colgando de sus nidos, nos demostraban que el asesino no se saciaba con una víctima. En el mismo sitio, el puntito rojo; inspeccionamos minuciosamente el palomar, hicimos que un mozo subiera dos o tres veces durante la noche; ¡todo inútil! La nocturna alimaña avanzaba sigilosamente recatándose en las sombras, inmovilizaba a su víctima, sorbía su sangre y se alejaba silenciosamente...

Ya estaba el grano en las trojes, y las manzanas, entre paja, en grandes cestas, aromaban el sobrado. Grupos de mozas y mozos, en alegre y pícara cofradía, marchaban con el alba a los viñedos para regresar al anochecer, entre cantos alegres y risas bulliciosas, sobre los carros cargados de uva, cuyos ejes chirriaban con ese chirrido monótono, lánguido y doliente como una queja interminable perdida en un pinar sin límites... Era la ofrenda anual de ménades y sátiros al ventrudo dios que, cabalgando en un tonel, coronado de pámpanos, presidía la vendimia. Y acaso, acaso, cuando el jugo rojo como el ascua o dorado como la llama recalentaba las cabezas juveniles, alegrando los corazones mozos, viese el gran Baco cómo las rosas septembrinas, destinadas a su altar, iban a caer, impulsadas por misterioso hálito, a las plantas de Venus desnuda e inmortal...

Si la savia de la vid no arrancó de vuestras almas de toda piedad, ¡callad, alegres vendimiadores! ¡Cesad en vuestro canto al pasar por el pazo D'as Silveiras!... El pazo está triste; una honda tragedia lo conmueve. ¡Silencio!!

La urbe, la gran urbe formada por mi hermana con tanto amor, se derrumbaba silenciosa e implacablemente; todos los días aparecían dos o tres palomas muertas. Ante el horror de la muerte, las otras iban emigrando Dios sabía adónde; elevábanse primero en el azul, trazando anchos círculos alrededor del pazo; se po-

saban en el tejado del palomar como un postrer adiós, volvían a elevarse y, de pronto, en un vuelo recto, se perdían en el infinito de la tarde.

Habíamos visto emigrar la última bandada cuando una paloma pasó a ras de nuestras cabezas; sin duda, se había quedado rezagada picoteando en la huerta; se posó en la chimenea del pazo y se la veía quieta, oteando en la lejanía el camino de sus hermanas; como ellas, trazó círculos cada vez mayores, orientándose, y, al fin, perdióse entre las sombras del crepúsculo que agonizaba... ¡Adiós, adiós! ¡Adiós para siempre!...

La voz de mi madre nos llamó; un sapo tocaba su serenata crepuscular en su flauta encantada; una estrella fugaz rayó el firmamento con su estela de fuego; se oían las canciones y las risas de la carroza de Baco que pasaba... Mi hermana lloraba silenciosamente...

¿Qué resta hoy de ti, viejo pazo D'as Silveiras? Yermos tu huerta y tu jardín, talado tu pinar; sólo rotos pedestales y derruidos muros que abraza la hiedra y esmaltan los líquenes invernales!

La intrusa, silenciosa chupadora de sangre, sorbió la de los míos, cuyas ánimas se perdieron en el vuelo del más allá; y sólo mi alma, como la última paloma de mi hermana, sigue trazando anchos círculos concéntricos alrededor de Dios. ¡Que El sea por siempre bendito y alabado!

Adolfo APONTE

SOLILOQUIOS

EL MAESTRO DE GRACIÁN

¡Oh, gran maestro aquél que antes de enseñar, desenseña! Sus primeras lecciones son de ignorancia, que no importa me; nos que el saber.

(Baltasar Gracián: "El héroe y el discreto", sátira contra la hazañería.)

A este maestro paradójico y sutil—como el ingenio que hubo de escribir su elogio—quisiéramos nosotros traérnosle por acá, donde pensamos que hace no poca falta; porque si es grande la en que estamos de enseñanza, más aun necesitamos un largo curso de desenseñanza.

¡Lecciones de ignorancia!... ¡Qué altas lecciones, qué útiles y qué fecundas! Si de veras queremos aprender algo, no ha de ser ello sin que previamente desaprendamos mucho: casi cuanto habíamos aprendido. No es del todo ignorante quien ha llegado a saber que lo es, y esta parva ciencia suya vale tanto más que no esotra, vacua y sonora—como los versos que condenaba Horacio—, de que en tal modo se muestran envaneidos ciertos graves varones que, por no saber, ni siquiera saben que no saben.

Claro está que estas consideraciones van por ellos, no así para ellos, que, puesto que las leyese, habrían de tenerlas en muy poco. Se escriben no más que para aquellos espíritus fervidos y humildes a quienes la conciencia de su no saber contrista y desalienta; pero a estos tales cabe aconsejarles, por vía de consuelo y en guisa de esperanza, que ahora, que es sazón oportuna, contemplen los árboles desnudos en el paisaje invernal, y digan luego si no están mejor así, horros de hojas, que no lo estuvieran si con la vana pompa del follaje muerto se adornasen. Sólo a las ramas que no tengan vestidura, podrá la primavera dárseles nueva.

Pues de la misma suerte acontece con

las almas: las hay que, por estar aún limpias de escritura, pueden recibirla de cualquier linaje—según ya nos dijo nuestro amado y divino maestro Platon—; otras, ya surcadas por muy firmes trazos, tiénelos por expresión definitiva e inmutable de la verdad suma; y, finalmente, quedan unas pocas, muy pocas—pero sin duda las mejores—, en que cada día borra lo que el anterior estampara.

Descofiemos de los hombres de ideas arraigadas, de criterio cerrado: son a modo de sombrías mansiones en ningún tiempo abiertas a los aires de fuera ni a la visita del sol, y aun mejor las equipararíamos a viejas casonas deshabitadas, ya que de donde faltan la inquietud y el anhelo también se halla ausente el espíritu.

Ni nos asuste el hosco ceño de la duda: un maestro que, como el ensalzado por Gracián, hacía preceder de lecciones de ignorancia la iniciación en la sabiduría; un hombre que elevó el gesto de Hamlet a la categoría de método científico, nos enseñó que la duda es el principio de la certidumbre. Ninguna punta del velo han levantado los definidores de dogmas, antes han sido los sembradores de inquietud, los enfermos de anhelo, los moridos por la duda.

No quiere esto decir que hayamos de ser frívolos dilettanti, mariposas viajeras en torno a todas las ideas; ni menos tun que, para vestir, consultemos el figurín de moda, ni por ningún estilo que mudemos de casaca según conviniere al amo de la despensa. No somos todavía escépticos; no queremos ser nunca abyectos. Somos tan sólo ignorantes conocedores de nuestra ignorancia; es decir, unos ignorantes relativamente sabios. Y este principio de sabiduría nos ha hecho entrar en gana de saber un poquito más.

Enrique RUIZ DE LA SERNA

Un paseo de Figaro.

El reciente libro sobre «Figaro», que ha publicado Carmen de Burgos, y al cuya inagotable finura debo mis últimas relaciones con tan desgraciado escritor, me trae a la memoria mi conocimiento con él, allá por el año 1893.

No es errata, ni hay que extrañarse.

Mariano José de Larra murió en 1836; pero yo le conocí bastante después, en el Hospital de la Princesa, donde me le presentó un hombre bueno, hoy olvidado con evidente injusticia, tras haber cenido los laureles de aplaudido autor dramático: D. Manuel Rentero.

El ilustre tocólogo Isaac Moreno y Alvarez, compañero de colegio y amigo mío, practicaba por entonces en el Nosocomio de la calle de Alberto Aguilera, y conociendo mis aficiones a la Psicología experimental, me ofreció el conocimiento de un caso curioso sobre los efectos de la morfina en la voluntad. El paciente era el bonísimo D. Manuel, que, víctima de un reuma articular sobreagudo, no encontraba consuelo para sus males sino en las inyecciones del tremendo alcaloide, al que aficionándose demasiado rindió sus energías, hasta el conocido extremo de aliarse muchas veces con agua pura creyendo que tomaba el supremo regalo de los dioses.

Su buena esposa llenaba en las horas de visita, con amorosa dulzura, los momentos angustiosos del ilustre enfermo. Pero después de aquellos instantes iba yo no pocas veces a consolarle y a recibir, además, sus memorias, que eran las de toda la época romántica, referidas como la confesión general de un hijo del siglo a un niño de los tiempos nuevos.

Un día hablamos de Larra.

Don Manuel, montando penosamente una pierna sobre otra, ayudándose con las manos, me dijo:

—Larra fué un hombre muy bueno, contra lo que se ha dicho. Se le ha llamado mordaz, pero no lo fué nunca como su maestro Pablo Luis Courier, a quien debe la mitad de su ingenio. Su psicología es la de un niño, a quien nadie creará un escéptico porque flore su desencanto al ver que la muñeca tan querida es sólo serrín, crinolina y un poco de barniz. Un amor, muchas veces prodigado y rehusado de pronto, le llevó a la desesperación y al suicidio.

Desde su desencanto hasta su muerte nadie pudo sacarle de su intimidad con el dolor. Y así como se le llamó mordaz, se le creyó por su estado desdenoso, soberbio, sin afecto.

Y lo que pasaba era que Lola, aquella muñeca que, habiéndola robado, creía suya, y que rota por él se empeñaba en componer, componiendo lo imposible, le había enseñado el camino de la muerte en una rifa de amantes.

Un día, en un acceso supremo de cólera, colocándose más allá de la vida, arrojando el juguete al perenne depósito de lo descabaldo perpetuo, maldijo así a aquella mujer:

Te hago el bárbaro presente de una horrible eternidad.

Y ya no pudo distraerle nada. Sus mejores amigos trataron de curar-

le; pero fué inútil. Espronceda llegó en una ocasión casi hasta el crimen para lograrlo.

He aquí cómo fué.

Y acomodándose mejor, con mucha pena, prosiguió D. Manuel:

—Larra y Espronceda paseaban aquella noche juntos por el Prado de San Fermín.

Uno de ellos, cualquiera de los dos, hizo señas a un niño que llevaba unas pajuelas de azufre para encender los cigarros. Acercóse el muchacho, y encendieron los dos sus pitillos.

—Pocos dulces podrás comprar con tu comercio—dijo el autor de *Modos de vivir que no dan de vivir*—, devolviendo la pajuela al chico, que no quería recibir dos cuartos por su servicio.

—¡Dulces!—exclamó el niño, extrañado.

—Sí, dulces. ¿No sabes lo que son dulces?—insistió Larra, contemplando a la desmedrada y harapienta criatura, que temblaba de frío.

—Sí, señor; los he visto.

—¿Pero no has comido dulces en tu vida?—interrumpió vehementemente y asombrado Espronceda.

—No, señor.

—Aquí tienes un chico de ocho años—dijo colocándose frente a Larra el futuro autor de *El Diablo Mundo*—que no ha comido dulces todavía.

La observación parecía una apostilla intencionada a la conversación interrumpida por el niño, y «Figaro» sonrió amargamente, aceptando la prueba, pero no queriéndola discutir, por no creérla concluyente.

El año 35 podía haber niños que sólo conociesen los dulces de vista. Mala señal para lo futuro, pues si esas chucheries podía desconocerlas un muchacho, ¡cuántas cosas mejores, más útiles y necesarias sustituiría la sociedad a esos niños hechos hombres mañana! El azúcar se creía entonces un alimento de golosos y no se sabía aún su valor reparador en el organismo. Es verdad que la libertad se creía también un vicio de la razón y el entendimiento una locura de la inteligencia.

—Pues ya que no has comido dulces en tu vida, vente con nosotros y los comerás—dijo Espronceda, cogiendo de un brazo al chiquito y llevándole hacia el palacio de Medinaceli. (Que se alzaba entonces, he de añadir ahora, donde está el Palace Hotel.)

Larra continuó hablando con Espronceda, algo contrariado por la genialidad de su amigo, y debieron de discutir muy seriamente la originalidad del caso. Así, subiendo por la Carrera de San Jerónimo, la calle del Prado y la del León, llegaron a la de la Magdalena, donde

había un café cerca de la casa de Santiso, esa tienda de ultramarinos tan curiosa y tan célebre en los fastos revolucionarios de la plaza de Antón Martín, y ahora desaparecida para toda revolución futura.

Una vez en el café, los dos escritores y el muchacho fueron servidos entre la curiosidad de los pocos tertulios del momento.

Aquel café frente al sitio en que estuvo después el teatro de Variedades, donde Chueca empezó a tocar cuando pusieron piano, era un modesto salón en que más propiamente se despachaban aloja, tisana, cerveza para los enfermos y chocolate.

Cuando el muchacho terminó su café, Espronceda salió a la calle para volver con un papelón de dulces, que dejó sobre la mesa. Después invitó nuevamente al niño a otro café.

Larra, que veía aquella genialidad de su amigo con marcado disgusto, probablemente por respeto a la inocencia, cuando el niño, arreglándose su único tirante y cogiendo sus pajuelas y sus dulces salía del establecimiento, como si hubiera tenido un sueño de Reyes, dijo como para sí mismo: —No sé por qué haces estas cosas. —Pues mira—replicó Espronceda con vehemencia y como arrepentido

go:—este niño no ha comido dulces en su vida; los ha comido ya, y mañana los robará ¡si quiere comerlos.

Y Larra, el mordaz «Figaro», sintió una compasión infinita por el niño, y no volvió a decir palabra.

—En honor y descargo de Espronceda—añadió D. Manuel tras un silencio embarazoso—, debo decir, porque lo sé por la misma persona, que estaba casi filialmente obligada al autor de *El Diablo Mundo*, que Espronceda, conocedor de la íntima tragedia del gran crítico, llegó a pensar muchas veces:

—Habría que cometer un crimen para sacar a este hombre de ese estado de reflexión.

Y pasó una rosa sobre el volcán.

—Larra y Espronceda—me dijo en otra ocasión el desventurado Rentero—han sido entre nosotros los primeros escritores que han tenido una leyenda antes de que se hiciese su historia.

Este episodio, insignificante, pero absolutamente histórico, en lo que puede reducirse a las pocas palabras que bastan para referirlo, nos ofrece a los dos escritores como una pareja análoga a la célebre de Goethe y Schiller en Alemania.

A Larra y a Espronceda nuestro vulgo los ha unido con una fraternidad que estuvo muy lejos de existir en el grado que se dice; pero ¿qué importa? ¿De qué otro modo puede llegar a la masa la expresión de una fraternidad espiritual, sino fingiendo una de carne?

En una acceso de piedad, recordando el episodio que he referido, he llegado a creer que el Ángel de la Guardia se extravió en la senda y los dos símbolos de nuestro siglo recorrieron abandonados un gran trecho del camino.

Rafael URBANO.

BUBY ESCRIBE A LOS REYES

Buby se sentó, puso una pluma nueva en el manguillero, la mojó con saliva, la introdujo en el tintero y se puso a escribir, sacando la lengua, con tal aplicación, que a la legua se veía que no hacía ningún ejercicio de clase.

Al otro extremo del cuarto de juguetes, Nena mecía a su hija menor, Finita, y cantaba a media voz:

A la orilla de la mar
no me vengas a buscar,
que la mar es muy traído...ora...

Buby terminó la carta, hizo una ríbrica soberbia y preguntó gravemente: —Y tú, ¿qué les has pedido?

—Yo, una muñequita vestida de rosa y que cierre los ojos.

—¡Vaya una cosa! ¡Con lo ricos que son los Reyes y la de juguetes que tienen!

—¿Y tú?

—Yo me las sé arreglar mejor—dijo Buby—. Mira qué carta les pongo.

Nena colocó en una cunita blanca a su hija, que, según una costumbre inveterada en ella, dormía con los ojos abiertos, como las liebres, y se dispuso a escuchar la lectura.

«A SS. MM. Melchor, Gaspar y Baltasar.

—Apreciables Reyes: Celebraré que al recibo de ésta se hallen bien. Yo, bien, a Dios gracias.»

—Y eso, ¿qué quiere decir?—interrumpió Nena, arqueando las cejas.

—No lo sé; pero todas las cartas deben empezar así. Así empiezan las que Teopiste manda a sus padres. No me interrumpas más, ¡vaya!

Nena, convencida, enmudeció.

«Estaré muy contento si me traen ustedes muchos juguetes y muy grandes. Quiero un triciclo, una locomotora, un ferrocarril con rieles y todo, un soldado de trapo tan grande como yo, y, además, todo lo que a ustedes les parezca.

Reciban un abrazo de su seguro servidor, q. s. m. e., Buby.»

—¿Qué te parece?—preguntó luego, justamente orgulloso de su estilo.

—La carta es preciosa—dijo Nena, llena de admiración; pero no sé si no les parecerá que pides demasiado.

—¡Qué tontas son las niñas!—murmuró Buby, despectivo—. No comprenden las cosas.

Y llegó la víspera del gran día: ¡5 de enero! Nena estaba loca con la perspectiva de tener su muñequita rosa y dormilona; Buby se hallaba preocupado; constantemente se examinaba los pies y cogió el metro de mamá para medirlos: 0'30 centímetros, ni uno más. Y Buby, hombre prudente y avezado, empezó a entrever la terrible posibilidad de que existiese demasiada desproporción entre la cantidad de juguetes «muy grandes» que los Reyes habían de traerle y la exigüidad de los zapatos que dispondría para acoger tantas maravillas. Seguramente pensarían que para un niño

que no calzaba más que el número 30 bastaba con alguna trompetita o cajita de soldados de plomo.

Y Buby tuvo una idea estupenda, genial. Papá calzaba nada menos que el 42—como un cañón alemán, pensaba Buby, muy al tanto de los por menores de la guerra europea—. Un pie tan considerable no podía menos de infundir respeto hasta a los mismos Reyes en persona.

A la noche, Nena colocó en el balcón de la sala sus zapatitos de charol con moña de raso; Buby colocó un par de botas y se fue a acostar sin hacer rabiñar a Mademoiselle, sin hacerla repetir veinte veces: «*Oh! Mon Dieu! Qu'enfants!*», exclamación desesperada que tenía el don de divertirlos locamente.

Pero a la media hora, cuando ya

los Reyes Magos iban siempre montados en camellos a efectuar su reparto de juguetes. Pero hoy, como las casas son tan altas y las distancias tan largas, les parece más cómodo alquilar un biplano.)

Gaspar llevaba un cesto enorme, lleno de juguetes; Melchor consultó su cuadernito de notas, y dijo:

—Nena; siete años; una muñequita rosa y que cierre los ojos.

—¿Nada más?—dijo Baltasar—. Vaya, le añadiremos esta vajillita de porcelana.

Cogió en el cesto una muñeca adorable, que dormía apaciblemente, y una vajilla en miniatura, y colocó cuidadosamente estos objetos en los zapatos de charol.

Pero en aquel momento el rey dió un grito de sorpresa.

—¿Qué es esto?—exclamó—. ¿A quién corresponden estas botas enormes?



tos climas y me estoy quedando como un sorbete.

Baltasar se acariciaba la barba, perplejo. Al fin, dijo:

—Pues bien; ya sé lo que vamos a hacer.

Cogió algo del cesto, lo colocó encima de las botas del 42 y los tres Reyes subieron del nuevo al aeroplano, que se alejó redoblando su velocidad para ganar el tiempo perdido.

Nena se despertó la primera.

—¡Buby!—gritó.

Buby lanzó un gruñido ininteligible y hundió un poco más la naricilla en el almohadón.

—¡Buby!—reptó Nena, a voz en grito—. ¡Que hoy es día de Reyes!

El efecto de estas palabras fué mágico. Instantáneamente despavilado, Buby dió un salto, y echaron a correr como dos blancos torbellinos, seguidos por Mademoiselle, que, indignada, les precedía varios resfriados y otras tantas pulmonías por «pasearse» así, en camisa.

En los zapatitos de charol dormía la muñequita vestida de rosa, junto a una vajilla del mismo color, en la que no faltaba ni la sopera, ni las salseras, ni las conchas para entremeses; nada.

En las botas del 42 había tres paquetitos muy envueltos y anudados; y mientras Nena, loca de alegría, se comía a besos a su hija, ya bautizada (la llamaré Dorita, había declarado al punto la tierna mamá), Buby, impaciente, destruía los papeles y partía los cordones.

En uno de los paquetes había una caja de cerillas; en el segundo, un paquete de tabaco; en el tercero, una pipa. Los tres regalos, según la opinión del prudente Baltasar, más oportunos para un caballero que calza el 42.

Y, pasado el primer momento de sorpresa, Nena se permitió el lujo de un pequeño sermón:

—Ya ves—dijo—, ya ves, Buby; por haber querido tantas cosas, ahora no tienes nada. En cambio, yo...

Buby, poco respetuoso con tanta filosofía, le volvió la espalda. Pero Nena era buena chica. Invitó a su hermano al festín que ofrecía a sus hijas, convertidas en señoras casadas, para festejar el estreno de la vajilla rosa y el nacimiento de la no menos rosa Dorita.

Por una vez, Buby consintió en rebajarse hasta el extremo de unirse a aquella sociedad femenina inferior y de saborear las exquisitas croquetas de miga de pan confeccionadas por la anfitriona.

La amabilidad con que ésta hizo los honores de la casa logró disipar el mal humor del noble convidado. Buby cayó en la cuenta de que sólo faltaba un año para la próxima visita de SS. MM., y al acostarse se durmió pensando en la carta que les escribiría el año siguiente, y en lo poco que les pediría... para conseguir mucho, naturalmente.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.



Nena dormía como un angelito con tirabuzones rubios, Buby se levantó, se deslizó arrastrando el camisón blanco, en el que se enredaban sus piecitos—los piecitos que calzaban el número 30—hasta el cuarto de armarios, cogió de una caja de calzado un par de botas enormes—del 42—y fué a colocarlas en el balcón de la sala en el lugar de sus botas, que retiró; luego, corriendo y tiritando, volvió a refugiarse en la cama mullida y tibia.

Las doce sonaron. Todo el mundo dormía, incluso Buby, a pesar de su enérgica resolución de permanecer despierto. Se oyó el ruido de un motor, y un aeroplano que bajaba de una gran altura se detuvo junto a la casa. Los tres Reyes, suntuosamente ataviados con sus mantos de terciopelo y sus coronas de perlas y diamantes, se apearon del aparato y pusieron pie en el balcón de la sala.

(Conviene recordar que antiguamente

Melchor tornó a consultar su cuadernito, y leyó:

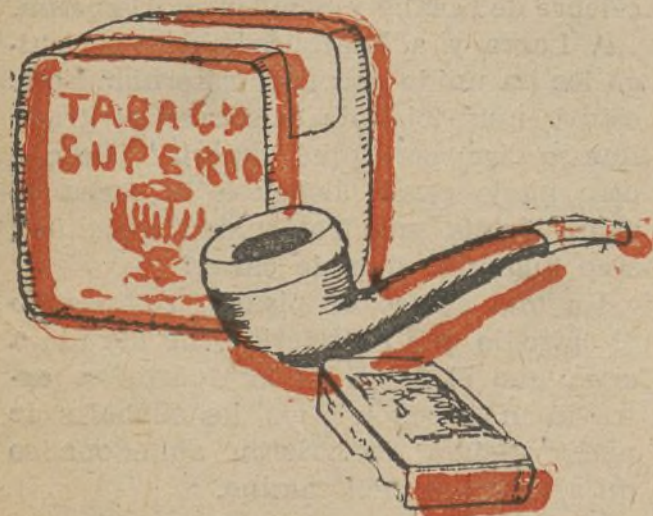
—Buby; nueve años; un triciclo, un ferrocarril con rieles, un...

—¡No puede ser!—interrumpió Baltasar—. Estas botas no pueden pertenecer a un niño de nueve años. Seguramente estás equivocado, Melchor. ¡Eres tan distraído!

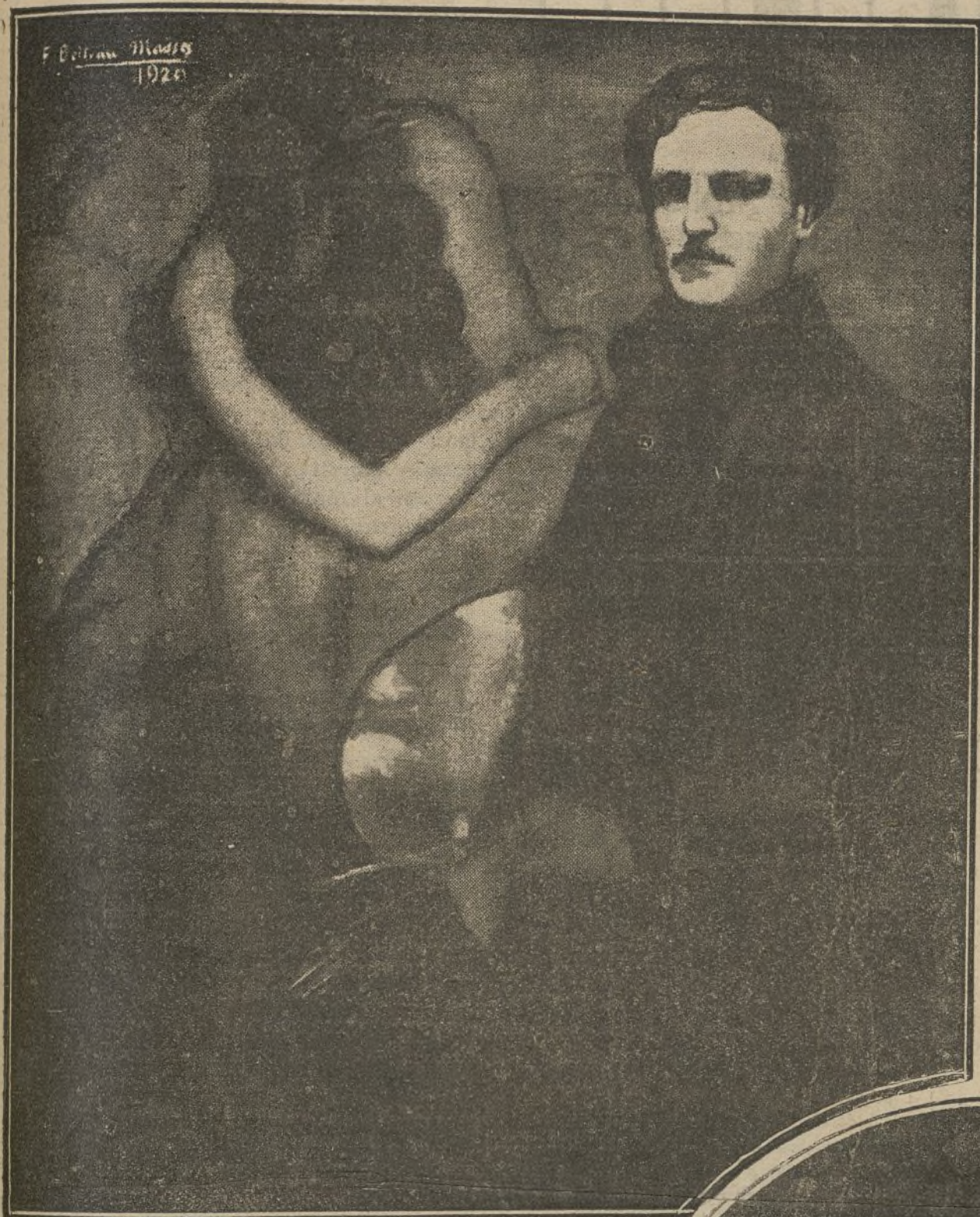
—¿Que yo soy distraído?—exclamó en tono agrídule el rey Melchor, un tanto ofendido en su dignidad profesional de Rey Mago—. Estoy completamente seguro de que mis notas son exactas.

—Y yo estoy seguro de que no hay un niño de nueve años que tenga un pie de este tamaño. ¡Ni que fuera un fenómeno! Y no vamos a hacer el ridículo de regalar juguetes a una persona que calza el 42.

—Acabemos de una vez—interrumpió el negro, impacientado por esta discusión—. Yo no estoy acostumbrado a es-



EL ARTE MAGNIFICENTE DE BELTRÁN



AUTORRETRATO



LA DUQUESA SFORZA



ANITA DELGADO, PRINCESA DE KAPURTHALA

Nos valemos del adjetivo *magnífico* por lo plena de ampulosidad y ostentación de que se halla dotada la pintura de Federico Beltrán. Porque con su arte ha sabido engrandecer y ensalzar una visión que, ataviada con las galas más espléndidas, guarda, sin embargo, bajo todos los accidentes con que cubre su opulencia, una enérgica y profunda razón estética. Y porque su abundancia de condiciones y su riqueza en el procedimiento artístico han creado una personalidad totalmente definida ya en el arte español.

La labor realizada por Federico Beltrán dipútase como enfermiza y sensual, por juzgar que tan sólo es línea trazada y color resuelto para satisfacción de los sentidos. Como imperfecto y falso ha de tenerse tal criterio; que imperfecta, será toda consideración que no trasponga la forma expuesta hasta llegar al fondo que el artista supo disimular hábilmente, y falso todo principio que claramente no descubra la sana intención que guió la mano experta.

En primer lugar, es preciso admitir a Federico Beltrán como un independiente, y por independiente tenemos a todo el que ha nacido, se ha desarrollado y cuajado en el arte al margen de las enseñanzas oficiales, escuelas y academias; a todo aquel que ha sabido conservar su individualismo en una constante reacción instintiva contra aquello que significase disciplina, y a todo el que libremente ha podido razonar sus métodos y principios para la creación de la belleza, dando a la originalidad personal la mayor licencia posible. Luego es justo afirmar que Beltrán es un pintor de su tiempo, y como Delacroix, al decir de

Teófilo Gautier, "tiene el mérito de inspirarse en la fiebre de su época, y así representa el ideal, atormentado por una poesía, una fuerza y una intensidad singulares", esta cualidad es la condición esencial que le personaliza y separa de los demás artistas españoles.

A la generalidad de nuestros pintores modernos—desde luego, nos referimos a los de consideración o mérito—cual más, cual menos, podría hallárseles fácilmente un entronque, un enlace con lo que pudiera titularse escuela o tradición nacional. Beltrán, por el contrario, abandonando influencias o normas ya resueltas, desde el primer momento trazó una trayectoria para su arte, y en ella persiguió la exaltación de una armonía, de un ritmo. Analizando su obra, advertiremos cómo en toda la producción vibra el impulso persistente de una idea, cual es el de dar expresión y forma a un escrupuloso y detenido análisis, revistiéndolo y ordenándolo con los más deslumbrantes y enojados atavíos. Maclair ha dicho que "es uno de esos hombres extraños de hoy para quienes la palabra *pintor* significa deberes estéticos y morales extraordinariamente precisos"; y añade: "Poseedor de una técnica, va profundizando en ella, como con igual método va ahondando en la pasión. Trabaja con tanto orden como violencia, y en su labor, que crea un mundo de ensueños y goces, resuelve con elevado sentimiento formas sintéticas, belleza en los tonos y musicalidad en los planos y las líneas." Es el artista que hábilmente ha sabido enlazar la forma y el pensamiento, dando relieve con exquisiteces de poeta a una ideología de pensador.

Si hubiera que clasificar en el arte la figura de Federico Beltrán, asignándole

una de esas cualidades o condiciones especiales observadas en otras sensibilidades para interpretar lugares, tipos o estados de espíritu, encasillamientos, por cierto, a los que hemos tenido siempre franca repulsa, fácilmente apreciaríamos que el esfuerzo creador que a un Zuloaga le sitúa, por ejemplo, como el sobrio cantor de la raza, a un Corot como un sentimental del paisaje y a un Sisley como el plácido comentarista de los rincones de misterio, a Beltrán determinale una poderosa facultad para exaltar un sano paganismo y una intelectualidad optimista; y todo ello, exornado, engalanado con la estilización de mujer, presentada totalmente desnuda, como en la máxima expresión de su belleza, o cubierta de geas, gasas y telas pomposas que Federico Beltrán, con sabiduría y gusto admirables, sabe ponderar y relacionar cumplidamente. De Gavarni se dijo que nadie como él había revestido el cuerpo femenino con la "blanda negrura de un ferropelo"; de Beltrán puede afirmarse, asimismo, que ninguno con tan artística maña sabe dejar adivinar la sublime manifestación de la belleza: el desnudo, a través de tejidos y blondas, en los que una imaginación elevada y encendida puso toda la vibración que conviniera a una narración extraordinaria y fantástica.

Y es de observar el firme tesón con que Beltrán ha seguido su marcha, sin vacilaciones ni titubeos. Desde las primeras muestras ofrecidas en las Exposiciones nacionales de 1906 y 1907, hasta las últimas obras realizadas con toda meditación en su retiro en París, de Villa Gilbert, el propósito del pintor no ha sido otro que el de magnificar una idea de peligrosa interpretación por los elementos que en torno a ella giraban, y puede afirmarse que ha llegado al límite en que el naturalismo se ha despojado de toda manifestación torpe o grosera expresión, para ofrecerse puramente idealista. La integridad del pensamiento aparece limpia, en franca y amplia floración. La una refinada sensualidad, adquiere un equilibrio justo y sin otro afán que el de exteriorizar la belleza en su forma más concreta y normal, ofreciéndose ésta como el logro de un razonado estudio, o como el fruto en sazón que el artista cuidadosamente cultivó hasta poder presentarlo en toda su madurez y lozanía.

Tal vez pueda asegurarse debidamente que no es en los retratos, ni en los grandes lienzos, donde de modo más definido puede observarse el proceso y preconcebido empeño del trabajador por alcanzar el perseguido fin, sino en la serie interminable de cuadros pequeños, imprecisos, abocetados, en donde la sensibilidad puso lo más íntimo y recatado de su sentir y en donde con toda expansión y libertad el gran colorista fué resolviendo tonalidades, acordes, conjuntos, valoraciones, dinámismos o quietudes que en un instante de inspiración cristalizaron en el ritmo de una línea o en la transparencia de uno o varios tonos; y en todos ellos, el pintor, y más que el pintor el psicólogo, supo recoger lo que Diderot titulaba "la imagen de un sentimiento", esto es, la declaración terminante y precisa de un estado espiritual.

En la Naturaleza nada hay incorrecto; todo responde a una causa y armonía; el penetrar y llegar a la razón de esa causa o a la máxima interpretación de ella es el estado de mayor depuración a que puede aspirar el investigador, sea filósofo, sea artista; y en ese punto en que la comprensión, en este caso del natural, se hace completa, y la interpretación de ese mismo natural es fiel, es en el que se halla Federico Beltrán, consciente de su obra perfecta por la meditación y lógica que asiste a sus caracteres distintivos.

O. PALENCIA TUBAU



LA SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA

DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES

OFRECE ASIDUAMENTE EN ESTAS PÁGINAS UNA

GUÍA DEL LECTOR

LOS LIBROS QUE ACABAN DE SALIR DE LAS PRENSAS

CUATRO LIBROS DE EXTRAORDINARIO interés, publicados por la BIBLIOTECA NUEVA

LAS NUEVAS DOCTRINAS SOCIALES

N. LENIN: *IDEARIO BOLCHEVISTA*. Recopilación y prólogo de N. Tasin. 4 ptas.

N. TASIN: *HEROES Y MARTIRES DE LA REVOLUCION RUSA*. Episodios de la lucha revolucionaria desde 1825 hasta nuestros días. 4 ptas.

DOS NUEVOS VOLUMENES DE LECTURAS DE UNA HORA
LARRA: *UN DESAFIO*. Excelente impresión sobre buen papel, con artística cubierta en color. 1 pta.

DOS NUEVOS VOLUMENES DE LA EDITORIAL MUNDO LATINO
JOSE FRANCES: *LA MUJER DE NADIE*. Novela. 4,50 ptas.

DOS NUEVOS VOLUMENES DE LA BIBLIOTECA HISPANIA
JOAQUIN BELDA: *TOBILLERAS*. Novela. 5 ptas.

DOS NUEVOS VOLUMENES DE LA EDITORIAL AMERICA
L. TOLSTOI: *CAUDILLO TARTARO*. 4 ptas.

Concesionaria exclusiva para la venta: SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

LOS GRANDES EXITOS LITERARIOS DE 1920

BAROJA (Pío): *LA SENSUALIDAD PERVERTIDA*. (R. Caro Raggio, Editor). 5 ptas.

BENOIT (Pedro): *LA ATLANTIDA*. (Ediciones Españolas). 4 ptas.

BENOIT (Pedro): *POR DON CARLOS*. (Ediciones Españolas). 4 ptas.

GADA: *NOVELA*. (Editorial Mundo Latino). 4 ptas.

COLECCION GRANADA: Obras escogidas de BALZAC, BORROW, CHATEAUBRIAND, LERMONT, MERIMEE, STRINDBERG, TURGUENEV, etc. Cada volumen encuadernado en tela inglesa. 3 ptas.

ESPIÑA (CONCHA): *EL METAL DE LOS MUERTOS*. (Gil Blas, Renacimiento). 5 ptas.

INSUA (ALBERTO): *LAS FRONTERAS DE LA PASION*. Novela. (Renacimiento). 4 ptas.

Concesionaria exclusiva para la venta: SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

LAS MAS IMPORTANTES EDITORIALES ESPAÑOLAS

BIBLIOTECA ATENEA

BIBLIOTECA ECONOMICOFILOSOFICA

BIBLIOTECA NUEVA

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

COLECCION GRANADA

EDITORIAL AMERICA

EDICIONES ESPAÑOLAS

EDITORIAL ENCICLOPEDIA

LA ESPAÑA MODERNA

Concesionaria exclusiva para la venta: SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

EL INFORMADOR EDITORIAL

Publicación mensual de la SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

SE REPARTEN GRATUITAMENTE TODOS LOS MESES

CINCUENTA MIL EJEMPLARES

A toda persona, amante de los libros, que desee estar informada de las más recientes y selectas o valiosas producciones de la librería española, rogamos nos escriba con claridad su nombre y dirección para enviarle gratis durante 1921

EL INFORMADOR EDITORIAL

APARTADO 428 MADRID FERRAZ, 21

SERVICIO ESPECIAL RAPIDO DE LIBRERIA

Interesa conocer su funcionamiento a toda persona que lee y que necesita adquirir libros y revistas.

SERVICIO ESPECIAL DE REVISTAS DE MODAS

Da toda clase de informes y noticias sobre cuanto a Modas se refiere.

Facilita la adquisición de las mejores Revistas de Modas. Dirigirse a

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA

Servicio Especial Rápido (S. E. R.).

APARTADO 428 MADRID FERRAZ, 21

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA

APARTADO 428 MADRID FERRAZ, 21

BARCELONA BURGOS IRUN GRANADA BUENOS AIRES MONTEVIDEO

BIBLIOTECAS DE LAS ESTACIONES DE LOS FERROCARRILES

LEON TROTSKI: *TERRORISMO Y COMUNISMO (EL ANTI-KAUTSKI)*. Versión castellana de Gabriel León Trilla. 4 ptas.

S. ZAGORSKY: *LA REPUBLICA SOVIETISTA*. Su organización. Su obra. Traducción directa del ruso, por N. Tasin. 4 ptas.

ANDREIEV: *MAS ALLA DE LA MUERTE*. Excelente impresión sobre buen papel, con artística cubierta en color. 1 pta.

L. LOPEZ DE SAA: *LAS EPOCAS QUE SE VAN*. Novela. 4,50 ptas.

LA BIBLIOTECA HISPANIA
ESPUMA DEL CHAMPAGNE. Tomo XI de las Obras completas. 4,20 pesetas.

JACINTO GRAU: *LA REDENCION DE JUDAS*. 2,95 ptas.

Concesionaria exclusiva para la venta: SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

LOS GRANDES EXITOS LITERARIOS DE 1920

KNUT HAMSUN: *PAN*. Novela. (Premio Nobel de Literatura.) (Biblioteca Nueva). 4 ptas.

KNUT HAMSUN: *HAMBRE*. Novela. (Premio Nobel de Literatura.) (Editorial América). 3,50 ptas.

OBRAS COMPLETAS DE AZORIN

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO. (Biblioteca Nueva). Cada volumen, 4 ptas.

OBRAS COMPLETAS DE RABINDRANATH TAGORE, según el texto inglés escrito o revisado por el propio autor. Traducción de Zenobia Camprubí de Jiménez. 18 tomos, 64,50 ptas.

OSSORIO Y GALLARDO (ANGEL): *EL ALMA DE LA TOGA*. 4 ptas.

WELLS (H. G.): *EL PAIS DE LOS CIEGOS*. 4 ptas.

Concesionaria exclusiva para la venta: SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

EDITORIAL MUNDO LATINO

EDITORIAL GIL BLAS

OBRAS DE ANATOLE FRANCE

OBRAS DE JOAQUIN COSTA

OBRAS DE RABINDRANATH TAGORE

OBRAS DE VALLE-INCLAN

PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

RAFAEL CARO RAGGIO, EDITOR

Concesionaria exclusiva para la venta: SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

IMPRESIONES DE UN LECTOR

El plano oblicuo.

SIENTO por Alfonso Reyes una gran admiración. Difícilmente podría asegurarse cuál es la personalidad que en él predomina: si la del crítico de cultura honda y vasta o la del literato refinadísimo. En él se unen, además, otras dos cualidades, no siempre acordes en nuestros escritores: un dominio pleno de la cultura nacional española y una educación de verdadero aristarca literario, ciudadano de la metrópoli del espíritu, en un supranacionalismo disperso a través de la vana y común distinción de las patrias. Alfonso Reyes es un ejemplar exquisito del esfuerzo de superación americano, constituido por tres grados de elevación sobre el tronco natal: la percepción depurada del propio americanismo (grado subjetivo); la bebida de aguas vivas en el manantial de la estirpe española (grado instructivo), y la apelación a la resultante máxima de la cultura actual, en las grandes metrópolis (grado educativo).

Acabo de recibir de Alfonso Reyes un libro, en el cual se refleja esa personalidad múltiple y rica. Se titula *El plano oblicuo*. Es una colección de cuentos y diálogos. Como pertenecen a diversas épocas, se ve a través de ellos la formación personal del autor. La divina ironía sonríe (no sé si tristemente) bajo esas narraciones de gracioso funambulismo. Un ave ha pasado sobre nuestra lectura. ¿El cuervo de Poe? ¿El buho de Atenas? Yo creo que es el azor invisible de nuestras ceterías, siempre a la caza de la emoción eternamente nueva. Hay en esas páginas, singularmente, un diálogo entre Aquiles y Helena que parece continuación mental de las escenas del segundo *Fausto*, cuando Mefistófeles, disfrazado de Forkya, prorrumpe en burlas sardónicas, en pleno retorno de la herencia trágica, cuando Helena traspone de nuevo el umbral del palacio de Menelao en Micenas. Rectifico. He dicho ironía, y debí decir *Humor*. Esa página y las del otro diálogo burlesco-erudito entre Eneas y Ulises, son cepas de la vid heiniana. Reyes es un bulbul mejicano que anidó en los parques de Dusseldorf... Pero que aprendió también a cantar en el jardín paterno de Hardenberg, «a quien los libros llaman Novalis...»

Pero, ¿qué estridencia triunfal y satirizante corona el final de esa facécia? ¿No será el cacareo del gallo socrático, que se le escapó a Critón al ir a sacrificarlo a Esculapio?

El gallo, a voz en cuello, clarinea: ¡Acuérdete de aquel día!

La misteriosa muerte del duque de Gascuña.

Fernando de Ormaza es un novelista que tiene la rara cualidad de haber aceptado con una manera personal: la infusión de un asunto histórico en un protagonista de nuestros tiempos, en quien revive por misteriosa sugestión atávica la antigua pasión. Ese procedimiento tiene sus ventajas, pero también sus peligros. El paralelismo de las dos acciones, la antigua y la moderna, suscita una inquietante impresión de misterio; reencarna la idealidad legendaria, el valor pasional de la Historia.

El protagonista, sometido al impulso de fuerzas ajenas a él, lucha por afirmarse a sí mismo contra la usurpación de los incubos históricos que se disputan su alma. Pero, a cambio de ello, es difícil sustraer a la monotonía de un tipo único ese personaje central, que se convierte en excusa retórica y formularia de la otra acción, la de la historia, más o menos hábilmente reconstruida. El pro-

tagonista, ahogado por la acción parasitaria que le devora, cae en una psicología vesánica, en una monomanía de obsesión, en un delirio persecutorio o de grandezas, en una *mediocridad* al servicio de los tipos históricos.

El modelo altísimo de esa refundición de los antiguos valores trágicos en el alma moderna está en *La Citta Morta*, de D'Annunzio.

El Sr. Ormaza podría (acaso su intención es esta) verter en una especie de nueva pinacoteca todos los elementos pasionales de la historia de España. Yo creo que lo más difícil (y también lo más meritorio) sería reaccionar contra las falsas idealizaciones de esa historia. El verdadero asunto sería la valoración nueva y no la recibida por una absurda o interesada tradición. No tengo necesidad de repetir que, para mí, hay dos maneras opuestas de concebir el valor educativo de la historia: o bien se la subordina a un sentido utilitario y tendencioso de patriotismo, transfigurándola, reduciéndola a una especie de canon ortodoxo, o bien se la reconstruye en su dura brutalidad, para que podamos levantar sobre ella la evidencia y el orgullo de nuestra superioridad y de nuestra mejora.

De Fernando de Ormaza conocíamos ya dos de esas novelaciones: la que dedicó a los amores de Elena Ossorio con Lope de Vega, y la que evoca al Conde Duque de Olivares en la persona de don Enrique de Guzmán, marqués de Mairena. El nuevo libro tiende a otro paralelismo simbólico: el del agotamiento de las dinastías con la degeneración de las aristocracias fundadas en la sangre, capaces únicamente de restauración por la mezcla de sangre popular. En el personaje de esta narración (mantenida siempre en la línea media entre la fantasía y la realidad) reviven a la vez dos sombras históricas parecidas: Enrique IV

y Carlos II.—¡Ah, el retrato de este último en el Prado, por Carreño, y aun su estatua de mármol en el Retiro, tan sugestivos, tan sugestivos!—En cuanto a Enrique IV, pocos personajes habrá en nuestra historia tan desconcertantes para un severo juicio de historiador; porque su figura nos ha llegado a través de los odios de una corte corrompida y en crisis, cuando se libraba la última batalla entre la sociedad señorial y la autocrática. ¡Qué riqueza de valores trágicos y en lucha! Más que en los romances viejos, que sólo eran la nueva encarnación de una herencia lejana y dorada, el sentido de la época se nos comunica en el contraste entre el valor cómico de la sátira cruda y obscena con la elegía trovadoresca y la pasionalidad de amor exaltada hasta la muerte. ¡Cómo se descubre en aquel cráter la refundición emotiva de todos los sentidos de la belleza y de la vida! Bretaña, Provenza, Francia, el semitismo, la herencia clásica, la floreciente Italia, que irrumpía victoriosamente con su símbolo y su métrica. ¿No están todas esas substancias en el filtro de Celestina, que es a la vez Locusta, Canidia y Brangania; la hechicera de Endor y la bruja de Zugarramundi; la Trotaconventos y Lucrecia?

No he podido evitar, al leer ese libro (escrito en estilo ingrátido y con perfecto sentido de la amenidad), algunas observaciones marginales de disenso: *Cuadrillero* deriva de *cuadrilla*, y no de las saetas de *cuadrillo*. El conde Ugolino no se comió a sus hijos; devora eternamente, en la Antenor dantesca, la cabeza del arzobispo Ruggiero, el cual lo hizo morir de hambre en la torre de Pisa. La pretendida *tecnofagia* de Ugolino—dice el comentarista Eugenio Camerini—queda anulada por una bella nota de L. G. Blanc, explicativa del verso: *Poscia, più che il dolor, potè il digiuno*.

Gabriel ALOMAR

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

GRÁFICO HISPANO
FOTOGRAFADO
ARTE GALILEO 34 TELÉFONO J. 859

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



Entrada del Hotel de París

GRAN HOTEL PARÍS
OVIEDO
Asturias -:- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones. Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero. Dormitorios de lujo inusitado.—Brasserie en el Hotel.—Orquesta en el espléndido Hall.—Salas de baño. Teléfonos urbanos e interurbanos.—Salas de lectura.—Biblioteca.—Cocina de primer orden.—Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

CASA NATALIO

La primera en impermeables ingleses de todas clases, sastrería y camisería fina.

OVIEDO

ESCUELA MATRITENSE DE ESTUDIOS SUPERIORES

DE LA

Facultad de Derecho

FUNDADA EN 1895 E INSCRITA EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

ESTUDIOS QUE SE CURSAN EN LA ESCUELA

A) **Estudios universitarios:** I. Estudios de Derecho.—Períodos de la Licenciatura y del Doctorado. II. Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras.—Sección de Historia. III. Facultades de Medicina y Farmacia.—Curso preparatorio.

B) **Estudios especiales del Bachillerato:** I. Estudios simultá-

neos del Bachillerato y de la Facultad de Derecho. II. Estudios del Bachillerato por planes abreviados.

C) **Estudios de ampliación:** Preparación para oposiciones: Registros, Judicatura, Notariado, Abogados del Estado, Cuerpo Consular y Diplomático.

SECCIÓN DE ESTUDIOS DE LA FACULTAD DE DERECHO

PLANES DE ESTUDIOS ADOPTADOS POR LA ESCUELA PARA CURSAR LA CARRERA

A) Plan abreviado general para cursar la carrera en cuatro años, examinándose únicamente en la convocatoria de junio de cada curso.

B) Planes abreviados especiales para cursar la carrera en tres años: I. Plan abreviado especial para cursar la carrera en tres convocatorias.—Convocatoria de junio de cada curso. II. Plan abreviado especial para cursar la carrera en cuatro convocatorias, examinándose en la convocatoria de junio de los dos primeros cursos y en las de junio y septiembre del último curso. III. Plan abreviado

especial para cursar la carrera en seis convocatorias, examinándose en las dos convocatorias de cada curso. IV. Plan abreviado especial para cursar la carrera en cinco convocatorias consecutivas.

C) Planes abreviados para cursos especiales de semestre y de trimestre.

D) Plan de preparación extraordinaria para un curso especial abreviado.

E) Plan oficial de seis cursos.

SECCIÓN DE ESTUDIOS DE MEDICINA Y FARMACIA

Comprende esta Sección la preparación de las asignaturas que constituyen el curso preparatorio de las Facultades de Medicina y Farmacia. El ingreso para estos estudios habrá de realizarse en el mes de enero para verificar los exámenes en el mes de junio, o en

abril para verificarlos en septiembre. La preparación se realizará por apuntes-extractos de la Escuela, y los exámenes se celebrarán en Universidades de provincias.

SECCIÓN DE ESTUDIOS ESPECIALES DEL BACHILLERATO

ESTUDIOS QUE COMPRENDE ESTA SECCIÓN

A) Estudios simultáneos del Bachillerato y de la Facultad de Derecho. B) Estudios del Bachillerato por planes abreviados.

GRUPOS DE ASIGNATURAS DE LA SECCIÓN DE ESTUDIOS SIMULTANEOS

Primero. Alumnos del Bachillerato que tengan aprobado el quinto año. Prepararán durante el curso—octubre a septiembre—el último año del Bachillerato y seis asignaturas de la Facultad de Derecho.

Segundo. Alumnos del Bachillerato que les falten los dos últimos

cursos. Prepararán durante el curso—octubre a septiembre—los dos últimos años del Bachillerato y cuatro asignaturas de la Facultad de Derecho.

Tercero. Alumnos del Bachillerato que les falten los tres últimos años del Bachillerato y el curso preparatorio de Derecho.

PLANES ABREVIADOS PARA CURSAR EL BACHILLERATO

A) Plan abreviado general para cursar el Bachillerato en tres cursos, examinándose únicamente en la convocatoria de junio de cada curso. B) Plan abreviado especial para cursar el Bachillerato en tres convocatorias, examinándose en las de junio y septiembre del

curso en que se ingrese y en la de junio del curso siguiente. C) Plan abreviado especialísimo para cursar el Bachillerato en un año; convocatoria de junio y septiembre.

SISTEMAS DE ENSEÑANZA PARA CURSAR LOS ESTUDIOS

La preparación de los estudios que se cursan en la Escuela podrá realizarse de tres formas: A) Sección general de enseñanza de asistencia a las clases durante todo el curso. B) Sección especial de pre-

paración por correspondencia. C) Sección especial de enseñanza mixta.

ELEMENTOS PARA REALIZAR EL ESTUDIO

A) **Morales:** Conferencias. Explicación del programa. Seminarios para la formación de trabajos especiales y realización de prácticas. Excursiones científicas.

B) **Materiales:** Apuntes-extractos de la Escuela. Bibliotecas especiales. Gabinetes de Física, Química, Historia Natural. Antropología. Derecho Penal e Historia del Derecho. Proyecciones.

GARANTIAS DE LA PREPARACIÓN

A) **Acerca de la bondad de la preparación.**—Ofrecemos como garantía la constitución oficial de la Escuela, su antigüedad, el sistema de enseñanza, el número de alumnos que prepara todos los cursos y las matrículas de honor que obtienen en la Universidad Central.

B) **Acerca del buen resultado.**—La bondad de nuestro sistema de enseñanza nos autoriza, siguiendo normas modernamente establecidas, a ofrecer, como garantía de la preparación, la especial de dar carácter aleatorio a los honorarios, en su totalidad o en parte.

SECCIÓN DE ESTUDIOS DE AMPLIACIÓN

Comprende esta Sección la preparación para las oposiciones a Registros de la Propiedad, Judicatura y Notariado, Cuerpo Consular y Diplomático, Jurídico militar y de la Armada.

La preparación para estas oposiciones se realiza conforme al sistema de enseñanza adoptado por la Escuela y por profesores pertenecientes a las distintas carreras y a diversos Centros oficiales de enseñanza.

Los alumnos de provincias que no puedan asistir a las clases de

la Escuela realizarán la preparación en la Sección de correspondencia, mediante apuntes-extractos y clases especiales establecidas durante los tres meses anteriores a la oposición.

La ESCUELA MATRITENSE tiene apuntes especiales, para la preparación de estas oposiciones, adaptados a los cuestionarios oficiales, y que contienen las doctrinas de los principales tratadistas y las disposiciones del Derecho vigente, ordenadas en forma didáctica.

Pídanse reglamentos y planes de estudio. Horas de matrícula: de cuatro a siete

LUNA, 29 (ANTES SAN BERNARDO, 85); TEL. 2.648. MADRID